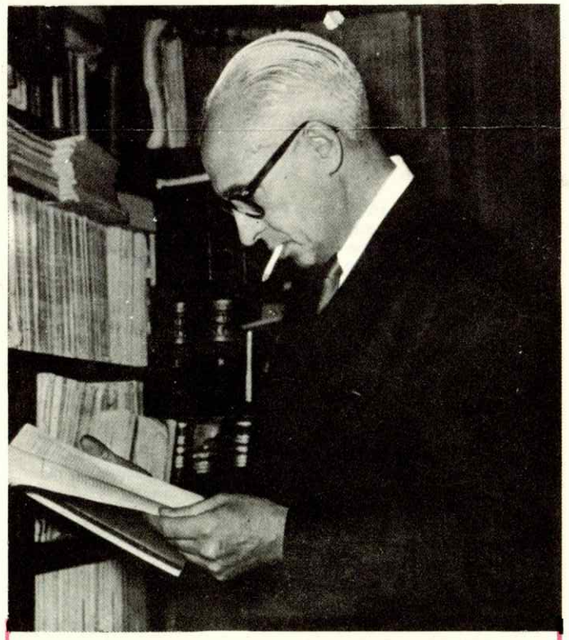
TRES CIENTIFICOS ESPAÑOLES

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Severo Ochoa



DESDE los tiempos de Cajal, la ciencia española no había dado una personalidad de prestigio internacional hasta que surgió el profesor Severo Ochoa. Pero tenemos que declarar, con cierto rubor, que Ochoa no encontró en España las facilidades que le brindaron abiertamente los profesores Noel Paton (Glasgow); Mayerhoff (Berlín); H. W. Dudley (Inglaterra); sir Rudolph Peters (Oxford); Carl y Gerty Cory (Estados Unidos).

Y es tan evidente que aquí no encontró facilidades, que antes de pensar en salir al extranjero para realizar su gran labor en el campo de la investigación, quiso ser catedrático y se presentó a unas oposiciones que no logró obtener.

Fue la Academia sueca —concediéndole el Premio Nobel en 1959— quien dio a conocer a los españoles a Severo Ochoa.

La labor científica de Ochoa en el campo de la bioquímica es muy amplia y resuelta difícil de describir con un sentido trivial, para que pueda ser comprendida por la mentalidad media del hombre de la calle.

Hablar aquí de los enzimas, del código genético, del ácido ribonucleico o del desoxirribonucleico, sería una pretensión desorbitada por nuestra parte. Baste decir que las investigaciones de Ochoa han dado como resultado descubrimientos de una gran trascendencia para el progreso de la Medicina.

En la actualidad trabaja en la New York University como profesor y presidente del Departamento de Bioquímica con discípulos de todas las partes del mundo.

Otro gran científico español, el profesor Grande Cobian —que también trabaja en los Estados Unidos— ha escrito recientemente: "La actitud de Ochoa ante la ciencia es ejemplar. Para él la ciencia es, en primer lugar, una aventura intelectual: la búsqueda de la verdad en su propio nombre; un empeño para lograr una mejor comprensión de la naturaleza, al margen de las ventajas prácticas que pudieran derivarse de ello. Nunca comprometería su honestidad intelectual tratando de justificar la ciencia en nombre de sus posibles aplicaciones prácticas. La ciencia le atañe, en primer lugar, como una fuente de nuevo conocimiento y comprensión. Yo estoy seguro de que él nunca identificaría la ciencia exclusivamente con el poder y la tecnología".

El cine y la novelería nos han dado una visión del sabio en general más que inexacta, disparatada, al presentarlo como un individuo insociable y deshumanizado. Esta casuística puede ser cierta; pero en casos muy aislados y no frecuentes, como acontece en todos los oficios y profesiones.

Severo Ochoa es una criatura humana de valores ejemplares. De manera que es sociable en la medida que su gran actividad se lo permite. Desde su juventud estudiantil sus grandes aficiones, al margen de la bioquímica, han sido la música, la ópera, el teatro y la filosofía.

Viaja con frecuencia y entonces aprovecha el tiempo para conocer los países que visita en todos sus aspectos, porque vive estimulado por una gran curiosidad.

Tiene un alto sentido de la amistad, como lo prueba el que cuente con amigos en el más auténtico sentido de la palabra, por todos los lugares por donde pasa.

La gran colaboración de su vida es su mujer, Carmen Cobián, asturiana como él, que le ha alentado mucho.

En resumen: Ochoa es un sabio del mundo contemporáneo, un científico genial de los que suelen darse quizá uno en cada siglo.

Gregorio Marañón

LA vida de Gregorio Marañón es un caso de generosidad humana e intelectual realmente admirable. Su obra, como médico y como pensador, ha dejado una profunda huella a lo largo de medio siglo de la vida española y aún su vibración actual nos autoriza a suponer que su influencia perdurará de igual manera en el mundo futuro.

Rara vez se han dado en un mismo ser cualidades de excepción como las que Marañón ejerció con ejemplar naturalidad.

Su espíritu renovador lo reflejó en la clínica, en su labor de ensayista, en su obra de historiador, en la reconsideración generosa de muchas cosas de la ciencia y de la vida nacional que habían permanecido inexplicablemente postergadas.

En su trato personal se desdoblaban las más señoriales cualidades humanas de que estaba dotado. Una de ellas, su espíritu liberal, que como muy bien ha dicho Manuel Aznar, "no era en suma, sino generosidad espiritual, ilimitada capacidad de perdón, santidad del deber, ánimo cordial de convivencia, amor al prójimo, gozo del diálogo".

El mismo Marañón había definido su liberalismo como una conducta mucho más que como una política, porque él era liberal "sin darse cuenta, como se es limpio, o como por instinto, nos resistimos a mentir".

—En mi casa —declaró un día— no se ha dicho a nadie que no por cuestión de ideas.

Y era hasta tal punto consecuente con esta manera de ser, que cuando un domingo se dio el caso de que un curandero instalara sus bártulos a la puerta de su cigarral toledano, el doctor Marañón comentó a sus invitados:

—Mi maestro, don Alejandro San Martín, entre las muchas cosas interesantes que nos enseñó, una de ellas es que los curanderos son respetables, siempre que curen a los enfermos. Y es cierto que, a veces, los curan.

Desde muy joven tuvo en la vida española un puesto de protagonista y, como tal, su amistad con los demás hombres excepcionales de su tiempo fue estrecha y duradera: Juan Belmonte, Ramón Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Fleming, Baroja, García Lorca, Valle Inclán, Julio Antonio...

—Al Fleming famoso —dijo un día— le conocí en la Universidad de Madrid, y luego vino aquí, a esta casa. Pero al Fleming joven le conocí en la guerra del catorce, formando parte de la Sanidad Militar del Ejército inglés. Dirigía el laboratorio un famoso inglés que se llamaba Whrit, el cual tenía como jefe a un joven pequeñito que eran Fleming, un soñador muy dado a la fantasía, y precisamente por eso descubrió la penicilina.

Este trato con los hombres excepcionales lo había tenido desde la niñez porque allá en Santander, donde había nacido su padre, conoció a Galdós y a Pereda y ha llegado a asegurarse que de la mano de Menéndez y Pelayo acudió al examen de ingreso del bachillerato.

De su amor a España, que conocía palmo a palmo, queda un gran testimonio en las páginas de sus libros y en la gran

TRES CIENTIFICOS ESPAÑOLES

colección formada por centenares de volúmenes, donde puede decirse que reunió todo cuanto se ha escrito sobre nuestra patria. "Si el amor a España —escribió— es la raiz y el decoro de mi existencia, es no sólo porque nací en la península de los altos y tristes destinos, sino porque he empleado las horas de más noble afán de mi vida en conocerla palmo a palmo, con la minucia incansable con que buscamos hasta las honduras recónditas del alma de la mujer amada. No hay camino de España que yo no haya recorrido; ni vereda de sus serranías que no haya hollado con mi pie; ni cimas de sus montes donde no haya visto amanecer o ponerse el sol de aquellos crepúsculos, cuyo festín de luz parece que no se va nunca a terminar. Por eso amo tanto a España; porque la conozco hasta los más remotos hontanares de su alma y de su tierra. Por eso también creo en ella".

El 28 de marzo de 1960 una gran multitud acudió a su entierro. El pueblo de Madrid se agregó al duelo del mundo universitario, académico, oficial, a la gran minoria intelectual y científica que rendía el último tributo a un médico genial y al español egregio que fue Gregorio Marañón.

Jiménez Díaz

EL secreto de la eficacia de los grandes hombres está en que sobre una base de inteligencia han consagrado su vida entera, minuto a minuto, al trabajo.

Don Carlos Jiménez Díaz fue estudioso desde los años de su niñez hasta la víspera de su muerte, sin descanso. Daba la sensación de que siempre preparaba unas oposiciones. Y era tanta su ilusión, que cuando le preguntamos una vez que si no le pesaba un poco el no haber dejado tiempo para el disfrute personal y humano de la vida, se sorprendió.

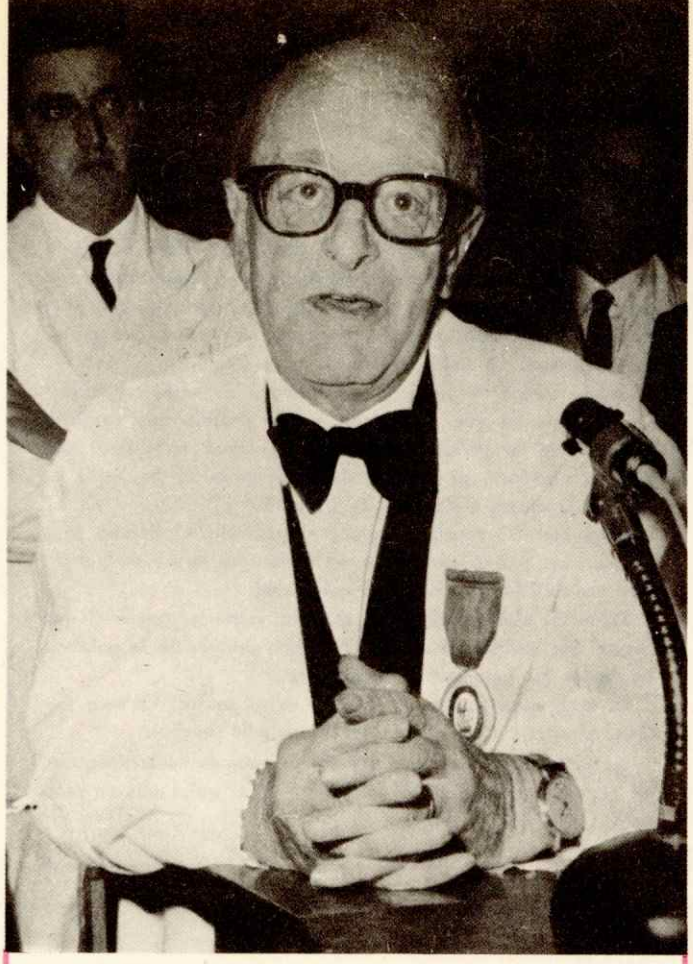
—Yo creo —nos dijo— haber disfrutado al máximo de la vida. Y no sólo haber disfrutado, sino estar disfrutando con alegría y con ilusión.

La distribución de su tiempo, en los últimos años de su vida, no había variado apenas. Se pasaba todo el día en la clínica.

—Vengo a las nueve de la mañana y a las cuatro estoy nuevamente en la consulta o en el laboratorio. Eso cuando voy a comer a casa, porque la mayor parte de los días me quedo a comer. Entonces viene mi mujer y comemos juntos, como antes iba la mujer del albañil a la obra. Exactamente igual. Después sigo trabajando aquí hasta las nueve de la noche.

Era difícil verle en un teatro. Cuando salía de la clínica se encerraba en su biblioteca particular, hasta la hora de la cena. Después, antes de retirarse a descansar, aún trabajaba un rato.

Su vida estuvo consagrada a la Medicina; pero su fecundidad no ha conocido límites. Ahí está su instituto de investigaciones clínicas y médicas, que hoy lleva el nombre de "Fundación Jiménez Díaz", cuya labor continúan sus discípulos. Y sus libros. Y centenares de trabajos científicos.



Su vida fue ejemplar. Hijo de un comerciante modesto, estudió venciendo todos los inconvenientes que surgian a su paso, con un entusiasmo que le acompañó hasta los últimos años de su vida.

—Para poder comprar libros —nos dijo un día— ponia inyecciones. Mis amigos, algunos familiares o médicos que me conocían, me recomendaban enfermos, a quienes yo servia de practicante. De esta forma ganaba algún dinero, que añadia a los premios en metálico que obtuve como estudiante y que fueron a parar al mostrador de las librerías, donde compraba revistas extranjeras y libros. Mi padre no sabía nada de esto; yo no se lo decía.

A los veinticinco años ganó la cátedra de Patología Médica de la Universidad de Sevilla y en 1926 la de la Universidad Central. Desde entonces no abandonó un solo día ni a sus alumnos ni a sus enfermos. Le gustaba tener cerca a la juventud para alentarla y así llegó a lograr, a través de los años, que aquellos muchachos que empezaban sean hoy los profesores que continúan su labor.

En los ratos libres pintaba. Sus paisajes de la meseta castellana son algo más que un pasatiempo de aficionado.

Su gran prestigio científico, el reconocimiento de su personalidad a nivel internacional, no habían logrado despegarla el gracejo madrileño que ha caracterizado a los hombres excepcionales de su tiempo. Por eso le gustaban los toros y alguna vez, en la finca de su amigo Domingo Ortega, toreó en los tentaderos.

Murió en su clínica, una mañana en que iba a trabajar, como todos los días. Le rodeaban su mujer, sus discípulos y sus enfermos.

El sol de mayo entraba por las ventanas y él lo recibía con una sonrisa en los labios cuando abandonó este mundo.